

Aquella negra nariz de lata

Mayo viene fresco este año - pensó Andrés Lamotta, tomando una manta y colocándosela sobre los hombros mientras avisaba a su esposa:

- me voy un rato al boliche de León.-

Asintió distraída la mujer mientras le alcanzaba su bastón de madera, más costumbre que necesidad en un hombre que apenas había pasado los 40, alto y delgado, con esa postura que en las madurez suelen tener los criollos costeros.

Salió a una noche de luna clara. Los focos mortecinos de las esquinas parecían islas en un mar plateado. Acomodó su nariz con gesto mecánico, su nariz de lata forrada en tela negra que ocultaba la cicatriz de aquel tiro que no pudo esquivar. Cuando salió del hospital ya llevaba esa pequeña pirámide negra, sostenida por un elástico que rodeaba su nuca.

Luego siguió un largo y doloroso período, que comenzó cuando vio por primera vez una cara que no reconoció, como asomada a un pozo de amarguras y que maduró cuando entendió que más daño había recibido su orgullo que su cara.

No hubo bromas y no era pendenciero, pero no dejaba ofensas ni provocaciones sin respuesta. Además tiraba bien con un enorme revólver suizo calibre 42, habilidad adquirida en largas siestas bajo los naranjos, en épocas en que gastar un balde de balas carecía de importancia.

Pero aún así, su orgullo estaba demasiado herido y se fue al Chaco santafesino donde anduvo entre obrajes hasta que lo venció la nostalgia y volvió a San Javier.

Entró en el boliche y tocando el ala de su sombrero saludó a los más cercanos; en una mesa un grupo jugaba al truco con la solemnidad de un rito y del patio llegaban los golpes secos de los bochazos y las exclamaciones de los jugadores. En el mostrador atendía el vasco Pucheta conversando con algunos paisanos y entre ellos alto y fornido se destacaba el Negro Manuel Ramos.

Lamotta acomodó una silla de paja contra la pared y se sentó a horcajadas apoyando sus brazos en el respaldo. Mirando la espalda del negro recordó que su hermano José había tenido una discusión con él por un asunto que no recordaba pero que el rencor se había extendido a la familia.

El Negro Ramos, hosco y concentrado en el fondo de su vaso, parecía rumiar un pensamiento que lo agitaba. De pronto apuró su trago y exclamó en voz alta: - lo que puedo asegurarles, es que esta noche vamos a tener una carneada.-

Ocupado en armar un cigarro, Lamotta escuchó disminuir las voces y levantando la cabeza interrogó con la mirada a Pucheta que se apresuró a intervenir.-Estamos hablando con Ramos de organizar un asado con cuero el 25 de mayo.-Mintió tratando de evitar el

enfrentamiento que temía. El Negro sonrió sin ganas mientras se servía otra copa y volviéndose a los jugadores de naipes anunció en voz alta:

- el domingo hay carreras en la brava; corre el zaino de Gorosito con el tostado de Esquivel ...- hizo una pausa que nadie se animó a interrumpir y continuó. - para mí que va a ganar el zaino porque corre con piqueras. - finalizó haciendo señas de encapuchar su nariz.

Ahora el silencio fue completo. Lo que más temía Andrés estaba dicho y todas las defensas que su orgullo había construido a través de los años fueron destruidas por un comentario artero en el lugar indicado.

Pálido se levantó lentamente y apartando la silla dijo con voz firme:

-¿lo decís por mí negro de mierda?-

El provocador se apartó del mostrador y poniéndose de costado echó mano a su cintura y apareció un largo facón empuñado con firmeza, mientras el brazo izquierdo giraba enroscando un poncho.

- ¡si crees que esta sandía está verde, Vení a calarla jodido!- invitó el negro avanzando.

Andrés adelantó el bastón con su mano izquierda para prevenir la atropellada y en su mano derecha apareció el revólver.

El Negro Ramos avanzó agazapado: el arma no le preocupaba. Un hombre puede soportar decenas de balas pero difícilmente sobreviva a un falcon entrando en el abdomen de abajo hacia arriba.

Atropelló buscando la brecha y los dos balazos sonaron casi juntos. El primero entra en el lugar del corazón y en la tela del chaleco floreció una escarapela. Una fuerza poderosa empuja al negro que rodó sobre la mesa de billar para caer inmóvil al otro lado.

Al estruendo siguió un silencio donde solo se oía el rumor de los faroles.

"Otra vez la desgracia"-pensó- y ganó la noche sin mirar atrás.

Se dirigió hacia el río y entre la ranhería de los indios en camino hacia el sur, buscando a su amigo Valentín Sánchez que le daría refugio en la estancia "la Isabel". Caminó entre los montes las tres leguas que los separan de la colonia francesa y al amanecer golpeaba las manos en el patio del puesto.

- ¿qué andas haciendo?- preguntó afectuosamente Valentín, sorprendido de verlo a pie.

-Aquí estoy, huyendo-replicó Lamotta dándole un abrazo.

Mientras tomaban mate le fue contando su desgracia y su amigo insistió que se quedara con él hasta tener noticias de San Javier.

Dos días después recibió una carta trabajosamente escrita por un amigo:

"Espero que te encuentres bien, lo mismo que don Valentín. Mira Andrés, por lo del negro no te hagas problema, está bien. El tiro le pegó en un reloj Longines que tenía en el bolsillo de arriba del chaleco. El otro tiro se perdió, vos te debes acordar de ese reloj de plata de tres tapas con el que siempre andaba fantaseando..."

Don Andrés Lamotta murió en 1956 a la edad de 85 años. Sus hijas, al tratar de acondicionar su cara, desprendieron sin querer la nariz de lata forrada de tela negra debajo de ella, una nariz intacta mostraba un surco casi imperceptible, que cruzaba el puente de la nariz.